

## CARTA DEL DIRECTOR

Al igual que en las presentaciones anteriores de nuestra revista, los cinco artículos que publicamos en este número muestran una importante cobertura, tanto geográfica (desde la Araucanía hasta los Andes Centrales) como cronológica, puesto que en ellos se abordan desde aspectos arqueológicos prehispánicos hasta temáticas propias del siglo XIX.

En el primero de los trabajos que presentamos ahora, Jorge Pavez aborda una dimensión prácticamente desconocida de los trabajos de Tomás Guevara, el insigne y erudito estudioso de la entonces llamada sociedad araucana. La excusa que le da la partida a Pavez es la reciente reedición bilingüe del libro *Kiñe müfu Trokiñche ñi piel. Historias de familias. Siglo XIX*, que Guevara publicara en 1912 bajo el título de *Las últimas familias y costumbres araucanas*. Pavez inicia una exploración acerca de los ayudantes e informantes, todos hablantes del mapudungun (el “gabinete etnológico” de Guevara, en palabras de nuestro autor), y que le entregaban o traducían los relatos orales que fueron la base de sus libros. Uno de los aportes más relevantes de este artículo es el poner de manifiesto la existencia de un significativo núcleo de intelectuales mapuches dedicados a la tarea de rescatar su memoria colectiva en un momento tan crucial para la historia de esa sociedad como lo fueron los últimos años del siglo XIX y los de inicios del XX, años de reducciones, de emigraciones, de aculturación.

El segundo de los trabajos presentados nos lleva directamente al norte del país, a la localidad de Conchi Viejo, pequeño pueblito ubicado al interior de la ciudad de Calama, en la II Región. Los autores de este artículo combinan los métodos y conocimientos arqueológicos con los históricos y antropológicos para sacar a luz la historia colonial de los habitantes indígenas y españoles de Conchi Viejo y de San José del Abra, antiguos centros vinculados a la minería, en especial a la extracción de cobre. Con este trabajo se empieza a llenar un vacío en nuestros conocimientos sobre los sitios mineros prehispánicos y coloniales del Norte Grande, así como de los procesos culturales de adaptación y transformaciones, de aculturación pero también de apropiaciones, que vivieron particularmente las sociedades indígenas de Atacama y Tarapacá. Los autores señalan que el sector habría sido un importante núcleo minero organizado por el Tawantinsuyu que, aparentemente, colapsó o fue abandonado como resultado lateral de la desestructuración del aparato estatal incaico. A partir del siglo XVIII, período en el que se redescubren y reinician los trabajos de explotación, la historia de esas localidades se irá haciendo cada vez más nítida, hasta llegar a la actualidad. Ese largo período de casi tres siglos es analizado documentalmente por los autores y de su trabajo fluye una rica información que, insisto, contribuirá de manera importante a nuestro conocimiento sobre los procesos históricos ocurridos a las sociedades indígenas coloniales y republicanas.

En la línea del artículo anterior, este número continúa con el análisis que hace Hans Gundermann sobre la formación del espacio colonial andino en Arica y Tarapacá. El autor postula que entre los siglos XVI y XVIII se estructuraron diversos espacios indígenas coloniales, íntimamente ligados a la aplicación de las políticas del estado colonial, dando lugar a diversas configuraciones caracterizadas por variantes locales o regionales propias, que contribuyeron a darles perfiles singulares. Estos nuevos espacios indígenas coloniales se habrían estructurado a partir del fin de las formaciones económicas, sociales y políticas prehispánicas, dando paso a una reestructuración de algunos de sus elementos y a la incorporación de otros, de matriz colonial. Detrás del sólido análisis que realiza Gunderman, se

percibe una interesante toma de posición frente a un viejo debate en los estudios sobre las sociedades indígenas americanas: el de los grados de continuidad o desestructuración que ellas habrían alcanzado a consecuencia de la invasión europea. La respuesta que propone el autor a este debate es que estamos en presencia de procesos complejos y variados, que deben ser estudiados en cada una de sus configuraciones espaciales y que, por lo tanto, las posiciones a priori sobre el tema deben ser desplazadas por indagaciones específicas que nos permitan conocer con mayor detalle y profundidad qué ocurrió y cuáles fueron los procesos que dieron paso al surgimiento de esas sociedades indígenas coloniales.

El artículo presentado por Juan Chacama, por su parte, aborda un tema de candente actualidad aunque los materiales utilizados sean coloniales y prehispánicos. Me refiero a la indagación sobre las identidades y sus diferentes formas de organización y expresión. Hasta hace pocos años, en los estudios sobre las sociedades andinas predominaba la idea de que, tratándose de un espacio cultural con muchas experiencias históricas compartidas, el núcleo de significaciones culturales que organizaba las prácticas identitarias entre esas sociedades era básicamente el mismo. Me refiero a un conjunto que puede ser resumido en un nombre, un espacio común, un mito y lugar de origen compartido (la *pacarina*), así como la posesión de códigos similares que tenían expresión sobre todo a través de los trajes, los bailes y los sistemas religiosos (las *wak'as* o huacas). Siguiendo una sugerencia formulada por Gerald Taylor, el traductor del manuscrito de Huarochirí (el único conocido hasta ahora escrito íntegramente en quechua), Chacama se atreve a ir más allá de esa formulación canónica y postular que las identidades, al menos como están expresadas en ese texto indígena, debieran ser entendidas como juegos de niveles inclusivos, en los que, por lo tanto, cada persona participaba de manera simultánea en varios de ellos. Esta proposición está llamada, estoy cierto, a replantear muchas de las estrategias de conocimiento sobre los señoríos andinos, tanto documentales como arqueológicas.

Cierra este número un trabajo presentado por Milton Godoy a propósito de los movimientos sociales indígenas ocurridos en la sierra sur peruana poco antes de la Guerra del Pacífico. Es particularmente sugerente el enfoque que entrega Godoy, puesto que contextualiza esas sublevaciones dentro de los procesos de construcción del Estado nacional peruano y de las corrientes intelectuales y políticas de la época, haciéndonos ver que esos movimientos no pueden ser entendidos de manera aislada, como si fueran consecuencia únicamente de las condiciones sociales extremas de explotación a las que estaban sometidas las comunidades indígenas. Paralelamente, este trabajo representa un aporte a los antecedentes ya conocidos sobre la violencia social en los Andes, como mecanismo siempre presente de defensa de las comunidades. El tema de la violencia social no es menor, puesto que representa una constante que algunos investigadores han hecho extender desde las sublevaciones indígenas del siglo XVIII (por ejemplo, las de Tupac Amaru y Tupac Catari), pasando por las del XIX (y que dieron lugar a lo que se ha llamado "el gran miedo" de las elites blancas) hasta llegar ya a fines del siglo XX a Sendero Luminoso.

En fin, nuevamente los invito a disfrutar de la lectura de estos artículos, a compartir o rebatir las ideas que nos presentan sus autores y a seguir profundizando en nuestro conocimiento de la historia de las sociedades indígenas de nuestro continente. Muchas gracias,

José Luis Martínez C.  
Director  
Revista de Historia Indígena